



La Santa Sede

DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II A UN GRUPO DE SACERDOTES DE ESTADOS UNIDOS

Jueves 11 de diciembre de 1980

Queridos hermanos en el sacerdocio:

1. Soy feliz de poder encontrarme con vosotros cuando estáis a punto de acabar el curso de formación teológica permanente en "Casa Santa María", y os prepararéis para volver a la patria. Sabemos que, durante estos momentos que pasamos juntos, *Jesucristo está en medio de nosotros* porque estamos reunidos en su santo nombre y en la fraternidad de su sacerdocio.

Gracias a Dios y al ánimo que os han dispensado vuestros obispos y superiores religiosos, habéis gozado de la maravillosa oportunidad de una prolongada reflexión teológica y bíblica. Al mismo tiempo estoy seguro de que habéis descubierto las otras ventajas que van unidas a este tipo de cursos, tal como las percibe el Concilio Vaticano II: un fortalecimiento de la vida espiritual y un beneficioso intercambio de experiencias apostólicas (cf. *Presbyterorum ordinis*, 19).

2. Ahora os disponéis a volver a vuestra gente, a todas esas comunidades en las que ejercéis vuestro ministerio pastoral. Volvéis, así lo quiera Dios, a proclamar cada vez con mayor penetración y celo la Buena Nueva de la salvación, que nos ha sido revelada por un Padre amante y misericordioso, y que la Iglesia, en su fidelidad a Cristo, va comunicando de una a otra generación.

Como colaboradores de vuestros obispos, *vuestra tarea primordial es la proclamación del Evangelio*, que alcanza su plenitud en el Sacrificio eucarístico (cf. *Presbyterorum ordinis*, 4, 13). Esta es la misión a la que fuisteis llamados; ésta es la razón por la que fuisteis ordenados.

3. Pero para ser sacerdotes totalmente eficaces, *toda vuestra vida debe estar dedicada a la Palabra de Dios*, y a Aquel que es la Palabra encarnada del Padre, Jesucristo nuestro Señor y

Salvador, nuestro único Sumo Sacerdote.

La Palabra de Dios constituye el criterio de toda nuestra predicación. La eficacia inherente a la Palabra de Dios es lo que ofrecemos a nuestro pueblo, una eficacia que une a los fieles y los edifica en santidad y justicia. La Palabra de Dios es un desafío para el Pueblo de Dios (y para el corazón de cada uno de nosotros), pero trae consigo fortaleza, una inmensa fortaleza; y cuando la acogemos, produce en nosotros gozo y alegría. Esta Palabra de Dios que, por vocación, hemos de proclamar y sobre la que se edifica toda comunidad de fe, es el mensaje de la cruz. Al juntarnos día tras día, semana tras semana, para celebrar este misterio de fe, presentemos y expliquemos encarecidamente sus varios aspectos, tan vitales para la vida de la Iglesia: la salvación y el perdón, el sufrimiento y la liberación, la victoria y la continua misericordia que nos ofrece Cristo. Al igual que San Pablo, presentémonos con "debilidad, temor y mucho temblor", y no con "persuasivos discursos de sabiduría", sino con la Palabra de Dios, que lleva consigo "el convincente poder del Espíritu". Y, con San Pablo, estemos siempre dispuestos a hablar en verdad a nuestro pueblo, diciendo: "Vuestra fe no se apoye en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios" (1 Cor 2, 3-5).

4. Que el resultado de vuestro curso en Roma sea *un renovado compromiso con la Palabra de Dios*. Continúad, queridos hermanos, estudiando la Palabra de Dios, meditándola y viviéndola. Creed de todo corazón en la Palabra de Dios. Predicadla, unidos a toda la Iglesia, en toda su pureza e integridad. Y finalmente, someted totalmente vuestras propias vidas a sus exigencias e inspiraciones.

Que María, Esposa del Espíritu Santo y Madre de los sacerdotes, os mantenga a todos vosotros en vuestro ministerio de la Palabra y en vuestra consagración sacerdotal a Jesucristo, Palabra eterna, que "se hizo carne y habitó entre nosotros" (Jn 1, 14).

© Copyright 1980 - Libreria Editrice Vaticana